





*La ciudad mágica*

LIBROS DE PAN|**B**erenice



Edith Nesbit

*La ciudad mágica*

ILUSTRACIONES DE H. R. MILLAR

Traducción y notas  
Nuria Reina Bachot



**Berenice**

Título original: *The Magic City*  
Edith Nesbit, 1910  
Ilustraciones de H. R. Millar

© De la traducción: Nuria Reina Bachot, 2014  
© De esta edición: Berenice, 2014  
[www.editorialberenice.com](http://www.editorialberenice.com)

*Primera edición: junio 2014*

Editor:  
David González Romero

Diseño:  
Equipo Berenice

Maquetación y corrección:  
Deculturas, S. Coop. And.

Impresión y encuadernación:  
Coria Gráfica

ISBN: 978-84-15441-54-0  
Depósito legal: Co-1040/2014  
BIC: FA; YFM

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

*A Barbara Maurice  
y Stephen Chant.*

Edith Nesbit



~  
Capítulo uno  
EL PRINCIPIO  
~

Philip Haldene y su hermana vivían en una casita de tejado rojo asentada en un pueblecito lleno de tejados rojos. Tenían un jardincito y un pequeño balcón y un pequeño establo y un pequeño poni que vivía dentro de él y un carrito que el poni solía sacar de paseo; no faltaba un canarito en su jaulita junto al pequeño mirador, ni un pequeño y pulcro criado que mantenía todo tan limpio y reluciente como un brochecito resplandeciente.

Philip no tenía a nadie más que a su hermana y ella no tenía a nadie más que a Philip. Sus padres habían muerto y Helen, que le sacaba veinte años a Philip y era en realidad su medio hermana, se convirtió en la madre que nunca tuvo. De hecho, él nunca envidió a las madres de los otros chicos porque Helen era tan atenta, lista y cariñosa como podía serlo cualquiera de ellas. Su hermana le dedicaba casi todo su tiempo. Le enseñó todo lo que sabía y también jugaba con él, inventándose nuevos juegos y aventuras. Así pues, cada mañana, cuando Philip se despertaba, sabía que le aguardaba un día repleto de alegres y fascinantes acontecimientos. Y así fue hasta que Philip cumplió diez años y no

albergaba ni la sombra de una duda de que continuaría así para siempre.

El comienzo del cambio llegó un día en el que él y Helen se fueron de picnic al bosque, al lugar donde nacían las cataratas, mientras conducían el carro de camino a casa tras el anciano y robusto poni, el cual, dicho sea de paso, era tan bueno y dócil que Philip podía guiarlo sin problema. Estaban llegando a la última carretera, esa que al girar daba a su casa, cuando Helen dijo:

–Mañana quitaremos la maleza del parterre de margaritas y tomaremos té en el jardín.

–¡Qué bien! –dijo Philip, y giraron la esquina y avistaron la entradita blanca de su jardín. Y entonces un hombre salió de su interior; un hombre que no era ninguno de los amigos que ambos conocían. Se giró y se fue hacia ellos. Helen sujetó las riendas bruscamente, cosa que jamás debía hacerse, tal y como le había enseñado a Philip, y el poni paró en el acto. El hombre, que a Philip le pareció alto y de porte aristocrático, pasó por delante del hocico del poni y se paró por el lado donde Helen estaba sentada. Ella le dio la mano y dijo «¿Cómo está?», con la misma tranquilidad de siempre. Pero después de aquello, ambos comenzaron a susurrar. ¡Susurrar! Philip sabía lo feo que era susurrar, porque Helen así se lo había hecho saber. Philip escuchó una o dos palabras, «por último» y «por ahora» y «esta tarde entonces».

Después de eso Helen dijo: «Este es mi hermano Philip», y el hombre le dio la mano por delante de Helen, otro gesto que Philip sabía que no era de buenas maneras, y dijo: «Es-

pero que seamos muy buenos amigos». Y Pip dijo: «¿Cómo está?», porque eso es lo más educado que se le ocurrió en ese momento. Sin embargo, dentro de sí mismo, se decía: «No quiero tener amigos como *tú*».

Acto seguido, el hombre se quitó el sombrero y se marchó. Y Philip y su hermana se fueron a casa. De alguna manera, Helen parecía distinta y, de hecho, le mandó a la cama antes de lo habitual, pero él fue incapaz de dormirse hasta bien entrada la noche, porque escuchó la campanilla de la puerta y después de aquello oyó la voz de un hombre y a Helen caminar de un lado para el otro en el saloncito que estaba justo debajo de su habitación. Al final logró dormirse y cuando se despertó a la mañana siguiente, estaba lloviendo y el cielo parecía gris y triste. Aquella mañana perdió un botón del cuello de la camisa, se le rasgó uno de los calcetines que se puso, se pilló un dedo con la puerta, derramó el vaso para enjuagarse la boca, con toda el agua que había dentro, y el vaso se rompió y el agua fue a parar a sus botas.

Ya sabes, hay mañanas, que ocurren estas cosas. Y esa fue una de ellas.

Luego bajó a desayunar, pero el desayuno no le supo tan bueno como de costumbre. Por supuesto, llegó tarde. La grasa del beicon se estaba volviendo gris de tanto esperarle, tal y como le dijo Helen. Y lo dijo en ese tono alegre que usaba siempre para decir las cosas que más le gustaba oír a Philip. Pero Philip no esbozó ni una sonrisa. No parecía la mañana más apropiada para sonreír –pensó– y acto seguido, la lluvia golpeó contra el cristal.

Después del desayuno Helen dijo:

–Definitivamente se pospone el té en el jardín y, bueno, con este mal tiempo, es mejor suspender la clase.

Esa fue una de sus ideas más encantadoras; desde luego, esos días de lluvia eran lo peor para estudiar.

–¿Qué hacemos? –dijo Helen–; ¿Jugamos a la isla? ¿Dibujo otro mapa? ¿Y si le pongo más jardines y fuentes y columpios?

La isla era su juego favorito. En algún lugar de los cálidos mares, donde hay palmeras y arenas del color del arco iris, se decían a sí mismos que había un isla toda para ellos, dotada de una belleza hecha a medida, creada a partir de todo aquello que les gustaba y deseaban y Philip nunca se cansaba de hablar de ella. Incluso a veces, casi creía que era real. Él era el rey de la isla y Helen era la reina y no permitían entrar a nadie más. Sólo ellos dos.

Sin embargo, aquella mañana hasta el juego de la isla parecía haber perdido su encanto. Philip se quedó absorto, apoyado en la ventana y se puso a mirar con desgana el césped mojado y la lluvia cayendo de los laburnos y una gruesa hilera de gotas derramándose sobre la verja de hierro.

–¿Qué pasa Pippin? –preguntó Helen–. No me digas que has cogido el dichoso sarampión o la escarlatina o una tos perruna.

Helen se fue hacia él y le puso la mano en la frente.

–Y a santo de qué esta fiebre, corazón mío. Cuéntaselo a tu hermana, ¿qué pasa?

–Dímelo *tú* –dijo Philip muy despacio.

–¿Decirte qué, Pip?

–Sea lo que sea, seguro que piensas que debes cargar con

ello tú sola, como en los libros, y crees que eso te hace más noble y todo eso. Pero me lo *tienes* que contar; prometiste que nunca tendrías secretos para mí. Helen, sabes que lo prometiste.

Helen le rodeó con su brazo y no dijo nada. Y de aquel silencio Philip intuyó las conclusiones más terribles y desesperadas. Sólo quedó el silencio. La lluvia caía a borbotones por las cañerías y goteaba sobre la hiedra. El canario en la jaulita verde que estaba sobre el mirador ladeó la cabeza y arrojó una cáscara de semilla en la cara de Philip y luego, canturreó desafiante. Pero su hermana no decía nada.

–No lo hagas –dijo Philip de repente–, no me lo digas poco a poco, suéltalo de golpe.

–¿Decirte qué?–dijo ella de nuevo.

–Decirme qué –dijo él–. Yo sé como vienen estas desgracias imprevistas. Un día alguien llega... y al poco ya está rota la familia.

–¿Cómo? –dijo Helen.

–La desgracia –dijo Philip casi sin aliento–. Oh, Helen, ya no soy un niño. ¡Me lo tienes que decir! ¿Hemos perdido todo nuestro dinero de un plumazo en el banco? ¿O es que el dueño nos va a poner vigilantes hasta debajo de las piedras? ¿O tal vez nos van a acusar de estafadores, o incluso de ladrones?

Ahora le venían a la cabeza todos los libros que había leído y aquella mescolanza era la culpable de esos pensamientos tan fatídicos. Helen se rio y enseguida notó que su hermano se retiraba de su brazo y se quedaba rígido como una palmera.

–No, no, Pippin, cariño mío –se apresuró a decir–. No ha ocurrido ninguna de esas cosas tan horribles.

–Entonces, ¿qué pasa? –preguntó, con una impaciencia que aumentaba por momentos y parecía un lobo devorándole por dentro.

–No pensaba contártelo así, de sopetón –dijo ansiosa–; pero no te preocupes, tú seguirás siendo mi chico favorito. Es algo que me hace muy feliz. Espero que a ti también.

De repente, Philip se alejó por completo del hueco que había formado el brazo de su hermana y una vez frente a frente, se quedó mirándola extasiado.

–Oh, Helen, querida, ¡lo sabía! Alguien te ha donado cien mil libras. Alguien a quien un día le abriste la puerta del compartimiento del tren y gracias a eso ahora yo podré tener un poni sólo para mí y podré pasearlo a mi gusto. ¿Verdad?

–Sí –dijo Helen muy despacio–, podrás tener un poni, pero vamos, que no he recibido ningún regalo ni nada. Mírame un momento, Pippin –añadió enseguida–, no me hagas más preguntas. Yo te lo explico. Cuando era pequeña como tú, tenía un amigo al que tenía mucho cariño y me pasaba el día jugando con él; incluso cuando nos hicimos mayores, nuestra amistad continuó. Vivía muy cerca de nosotros. Y entonces llegó el día en el cual conoció a otra persona y se casó. Sin embargo, esa persona murió. Y ahora él quiere que me case con él. Y él tiene muchos caballos y una casa muy bonita y un parque –añadió.

–¿Y qué pasará conmigo? –preguntó.

–Tú siempre a mi vera, vaya yo donde vaya.

–Pero esto jamás volverá a ser como antes, solos tú y yo –dijo Philip–, y tú dijiste que sería así por siempre y para siempre.

–Pero eso yo no lo sabía, Pip, cariño. Él me ha estado esperando durante mucho tiempo.

«Qué pasa, ¿ya no *me* quieres?», se dijo Pip para sus adentros.

–Y además tiene una niña con la que te encantaría jugar –continuó–. Se llama Lucy y es un año más pequeña que tú. Y estoy segura que vais a hacer muy buenas migas. Y los dos tendréis un poni para pasearlo con el carrito y...

–La odio –gritó Philip bien alto–, y le odio a él y odio a sus horribles ponis. ¡Y te odio a *tí!* –Y una vez dijo estas terribles palabras, le soltó el brazo de mala gana y se marchó dando un portazo; y lo hizo a posta, que quede claro.

En fin, después de aquello, Helen se lo encontró junto al zapatero, entre polainas y botas para la lluvia, tocones de *cricket* y viejas raquetas, y de inmediato se besaron y se pusieron a llorar y se dieron un abrazo y Philip le dijo que sentía mucho haberle contestado mal. En realidad, en el fondo de su corazón, sólo se arrepentía de eso. Lamentaba haber hecho daño a Helen. Aun así, seguía odiando a *ese hombre* y, por encima de todo, odiaba a Lucy.

Tenía que ser educado con ese hombre. Su hermana sentía un gran afecto por aquel señor y eso hacía que él le odiase aún más pero al mismo tiempo sentía que debía ocultar sus sentimientos. Además, sabía que odiando a aquel hombre hacía daño a su hermana, a quien adoraba. Sin embargo, no halló en su interior la misma clase de sentimientos que

podieran contrarrestar la aversión que sentía hacia Lucy. Helen le había contado que Lucy tenía un cabello muy hermoso y lo llevaba recogido en dos trenzas, con lo cual él se la había imaginado como una pequeña rechoncha, exactamente igual que la niñita de la historia de «El pan de azúcar» que aparecía en ese libro viejo y grandote de *Peter, el melenas\** que Helen guardaba desde niña.

Helen estaba muy feliz. Podía dividir su amor entre el chico que más adoraba y el hombre con el cual iba a casarse y creía a pies juntillas que ambos eran tan felices como ella. El hombre, que se llamaba Peter Graham, también se sentía muy dichoso; el chico, que era Philip, se entretenía como podía con tal de permanecer junto a su hermana, aunque bajo aquel júbilo aparente se sentía terriblemente desgraciado.

Y llegó el día de la boda y tal como vino se fue. Y una calurosa tarde, Philip se fue de viaje y se subió a unos trenes muy extraños, y luego un extraño carruaje le llevó a una casa muy extraña, donde vivía una extraña niñera y... Lucy.

–No te importará vivir sin mí en esa casa de Peter tan bonita, ¿verdad, cariño? –le preguntó Helen–. Todo el mundo te va a tratar muy bien y además vas a poder jugar con Lucy.

Y Philip dijo que no le importaba. ¿Qué otra cosa podía

---

\* *Peter Shock-headed* (de nombre original *Der Struwelpeter*) es un libro de cuentos en verso escrito en 1845 por el psiquiatra alemán Heinrich Hoffman (1809-1894). La obra se compone de diez historias ilustradas, cuyo objetivo primordial, siempre bajo los ojos de la moral victoriana, es dar ejemplo de las nefastas consecuencias que puede tener el mal comportamiento de los niños. Tan pronto como Mark Twain realizó una traducción al inglés, surgieron otras a numerosos idiomas, entre los más curiosos el latín, el griego y el esperanto.

decir que no supusiera una mala contestación y no hiciera llorar a Helen de nuevo?

Lucy no se parecía en nada a la niña de «El pan de azúcar». Lo cierto es que tenía el pelo muy bonito y lo llevaba recogido en dos trenzas, pero eran muy largas y le caían perfectas a cada lado; además, era alta y esbelta y tenía la cara llena de pecas y unos ojos muy alegres y brillantes.

–Estoy encantada de que hayas venido –le dijo al recibirlo en las escaleras de la casa más bonita que había visto en su vida–. Ahora podemos jugar a todo lo que queramos, ya sabes, uno solo no puede. Soy la única niña. –Entonces se echó a reír–. Vaya, *sólo* una niña y una niña *sola*, qué juego de palabras tan curioso, ¿verdad?

–Y yo qué sé –dijo Philip con una falsedad que se notaba a la legua, pues lo había pillado perfectamente.

Luego se quedó callado.

Lucy intentó varias veces reanudar la conversación, pero Philip se dedicó a contradecir todo lo que ella decía.

–Me temo que es un chico muy pero que muy estúpido –le dijo Lucy a la niñera, por cierto, una niñera con una gran experiencia a las espaldas, la cual enseguida le dio la razón. Y cuando su tía vino a verla al día siguiente, Lucy le dijo que el chico nuevo era un estúpido y añadió que era un desagradable en igual medida y Philip siguió confirmando la opinión que Lucy tenía de su conducta hasta tal punto que la tía, que era una mujer joven y cariñosa, acabó haciendo la maleta de Lucy con lo más necesario y se llevó a su sobrina unos días a su casa.

Así pues, Philip y la niñera se quedaron solos en la Gran-

ja. No había nadie más en casa salvo el servicio, claro. Y entonces Philip comenzó a vivir en sus carnes lo que era la soledad. Ni siquiera le animaban las cartas y postales ilustradas que su hermana le enviaba a diario desde esos extraños pueblos europeos que había estado visitando en su luna de miel. Lejos de animarle, aquello le desesperaba sobremedida y sólo lograba recordarle aún más el tiempo lejano en el cual él tenía a Helen a su entera disposición y tan cerca, que no había necesidad de cartas ni postales.

La experta niñera, que por cierto siempre iba vestida de gris y con una cofia y delantal blancos, detestaba a Philip hasta lo más profundo que su esencia –superrestringida y disciplinada– le permitía. De hecho, le bautizó como el «Cerdito cascarrabias».

Un día le dijo al ama de llaves: «Lo de este chico no es normal; es un niño insociable y un antipático. Está claro que no le han educado como Dios manda. A mí me parece que necesita un poco de mano dura».

Pero la niñera nunca le puso la mano encima, todo hay que decirlo. Optó por utilizar la indiferencia como arma en lugar de la tiranía. Así pues, Philip gozaba de una libertad inmensa, eso sí, una libertad repleta de vacío y desolación. Aunque podía disponer de toda la casa, no se le permitía tocar nada. El jardín también era *suyo*, podía recorrerlo de arriba abajo, pero le estaba prohibido coger flores o fruta. Vale, no tenía clases, pero tampoco tenía con qué jugar. Y si bien había un cuarto de juegos,<sup>\*</sup> ese era el único sitio donde

---

\* *The nursery room* era el cuarto de juegos de los niños y también donde a menudo dormía la niñera, *the nurse*.

no le obligaban a estar, ni siquiera le sugerían pasar allí aunque sólo fuera un ratito. De modo que solían enviarle fuera a dar largos paseos, pues el parque era un lugar grande y seguro. Y el cuarto de juegos era la habitación que más le atraía de toda la casa, ya que estaba llena de juguetes fascinantes y de todo tipo. Había un caballito de madera, que hacía las veces de poni, la casita de muñecas más elegante que te pudieras imaginar, cajitas para guardar los accesorios del té, cajas con cubos –de madera y terracota–, puzzles de mapas, un tablero de ajedrez y otro de damas y todos los juegos y juguetes que tú pudieras o te gustaría tener en toda tu vida.

Sin embargo, a Pip no se le permitía jugar con ninguno de ellos.

–Te ruego que no toques ninguno –le dijo la niñera, con esa educada frialdad que suele acompañar a los uniformes–. Los juguetes son de la señorita Lucy. No, no puedo dejártelos bajo mi responsabilidad. No, no se me ocurriría molestar a la señorita Lucy escribiéndole una carta para pedirle si te deja jugar con ellos. No, no, de ninguna manera te puedo dar la dirección de la señorita Lucy.

En fin, el aburrimiento de Philip y sus ganas de jugar le habían llevado hasta el punto de humillarse pidiendo estas cosas que le negaban.

Pasó dos días enteros en la Granja, odiándola a más no poder y a todo lo que había en ella. Para colmo, el servicio había decidido seguir el ejemplo de la niñera y, a estas alturas, el chico sentía que no tenía ni un solo amigo en toda la casa. De alguna manera concluyó que bajo ningún concepto debía molestar a Helen contándole lo sucedido; así

pues, le escribió y le dijo que estaba muy bien, gracias, que el parque era muy bonito y que Lucy tenía un montón de juguetes y muy chulos. Hecho esto, le inundó un sentimiento de valentía y nobleza, pero también se sintió como un auténtico mártir. Y decidió apretar los dientes para poder soportar todo lo que viniera después. Fue como ir al dentista durante varios días.

Y entonces, de repente, todo cambió. La niñera recibió un telegrama. Un hermano suyo al que creían ahogado en el mar, se presentó en casa de golpe y porrazo. Debía ir a verlo. «Aunque me cueste el trabajo», le dijo al ama de llaves, que respondió:

–Oh, claro, vete tranquila. Yo me hago responsable del chico, ese mocoso malcriado y cascarrabias. –Y tras un alegre ajeteo de cajas por aquí y cajas por allá, la niñera se fue. Philip, que se quedó mirándola desde el rellano hasta el último minuto en el cual ella subió al carruaje, de repente, pegó un salto.

–Oh, ¡niñera! –gritó agarrándose como pudo a la rueda que comenzaba moverse. Era la primera vez que se dirigía a ella usando algún nombre–. Niñera, ¿pue... puedo por favor jugar con los juguetes de Lucy?, es que estoy más *solo* que la una. Puedo, ¿verdad? ¿Puedo cogerlos?

Tal vez el corazón de la niñera se había ablandado con la felicidad de saber que su hermano no se había ahogado. O tal vez tenía tanta prisa que no era consciente de lo que decía. En cualquier caso, cuando Philip dijo por tercera vez «¿Puedo cogerlos?», enseguida respondió:

–¡Que Dios te bendiga! Coge todo lo que quieras. Y por

Dios, suelta la rueda. ¡Adiós a todos! –dijo saludando con la mano al servicio reunido en lo alto de los amplios escalones de la entrada y al poco, el carruaje dio la vuelta en busca de ese hermano que al final no se había ahogado, sino que estaba vivo y coleando.

Tras un suspiro de satisfacción, Philip se fue derecho al cuarto de juegos, cogió todos los juguetes y los examinó uno por uno. Aquella tarea le llevó toda la tarde.

Al día siguiente, volvió a mirarlo todo de nuevo y se propuso hacer algo con ellos. Le encantaba inventar juegos y hacer cosas con las manos. De hecho, Helen y él habían construido más de una ciudad para la isla de sus sueños con sus dos cajas de cubos y otras cosillas que tenían a mano en casa, como el armarito japonés, las fichas de dominó y de ajedrez, fundas de barajas, libros y tapaderas de cazos y teteras. Pero siempre les faltaban cubos. Y Lucy tenía cubos para dar y tomar.

Entrado ya en faena, Philip se puso a construir sobre la mesa del cuarto de juegos. Pero, claro, acostumbrado a utilizar todo tipo de utensilios, lo de usar sólo cubos le parecía un poco pobre.

«Esto es más bien una fábrica», dijo Philip algo decepcionado. Así que quitó el edificio de abajo y guardó los cubos en sus cajas.

«Tiene que haber algo en la casa que me pueda servir –se dijo a sí mismo– y, además, la niñera dijo “coge lo que quieras”».

Así pues, bajó las escaleras hasta tres veces cargado hasta los topes con cajas de cubos, de bloques, de piezas de damas

y de ajedrez y la caja del dominó. Se los llevó todos al salón, justo allí, donde estaban los candelabros de cristal y las sillas de tapizado holandés y esos ventanales tan grandes que iluminaban toda la estancia, y armarios y mesas repletas de cosas interesantes.

Acto seguido, se dirigió a un escritorio y retiró de un plumazo todas las cosas que no servían para nada y carecían de importancia como un secante, un tintero de plata y algunos libros de cubierta roja y le quedó un sitio estupendo para su ciudad.

Y se puso a construir.

De repente, se dio cuenta de que el dios egipcio de bronce, ese situado sobre el armario dorado, parecía mirarle a lo lejos de la habitación.

–De acuerdo –dijo Philip–. Te construiré un templo. Dame un minuto.

El dios de bronce esperó sin rechistar y el templo se construyó y los candelabros de plata, coronados con figuras de ajedrez, vinieron de perlas para hacer de pilares en el pórtico.

Luego, emprendió un nuevo viaje al cuarto de juegos para traerse los animales del arca de Noé –un par de elefantes–, que al final colocó cada uno sobre un cubo, flanqueando la entrada. Le quedó espectacular, parecía el templo asirio de los dibujos que Helen le había enseñado. Sin embargo, allá donde había puesto solamente cubos, parecía una ciudad miserable, llena de fábricas y casas de asilo.\* Suele pasar cuando pones sólo cubos.

---

\* *Workhouses. Las Casas de trabajo*, eufemísticamente llamadas *Asilos para pobres* y cuyos orígenes se remontan a las Leyes de Pobres de 1601 (algunos

Philip decidió explorar de nuevo. En esta ocasión encontró la biblioteca a la cual hizo varios viajes. De allí se trajó veintisiete volúmenes forrados de pergamino blanco y bordes marmolados, unos cuantos libros de Shakespeare y diez volúmenes forrados en piel verde marroquí.

Estos últimos hicieron de pilares y claustros e impregnaron la ciudad de un velo oscuro, misterioso y atractivo al mismo tiempo. Por último, añadió más animales del arca de Noé y algunas figuritas de egipcios, que dieron el toque final.

–Señorito, ¡qué arte tie’ usted! –dijo la doncella del salón, que había subido a buscarle para el té–. Se le ve mañoso. Vamos, yo diría que es todo un Maestro, Philip. Pero se la va a cargar por haber cogido todas esas cosas.

–Esa niñera de gris me dijo que podía –dijo Philip–, y además, qué tiene de malo utilizar todo eso para construir cosas. Mi hermana y yo siempre lo hacíamos en casa –comentó casi de forma confidencial a la doncella del salón. Vaya, la doncella le había hecho un cumplido. Y esa fue la primera vez que habló de su hermana a alguien de la casa.

–Es como el interior de esas cajas mágicas\* –dijo la don-

---

dicen incluso las de 1388), eran las instituciones creadas para dar cobijo y trabajo al creciente número de personas que no tenían con qué subsistir. Sin embargo, en realidad eran un lugar de explotación, donde los pobres debían trabajar largas jornadas para compensar al Estado por los «gastos que ocasionaba su condición marginal»; niños incluidos. Todo ello, bajo ínfimas condiciones de salubridad, donde la humedad, el hacinamiento, la ausencia de ventilación y de higiene le otorgaron el título de «Antesala de la muerte». Además, estas casas, donde predominaba la escasa alimentación (pero con los nutrientes necesarios), hacían las veces de correccional y estaban asociadas a las parroquias locales. *Oliver Twist*, de Charles Dickens, está considerado uno de los mejores testimonios literarios de la vida en las *workhouses*.

\* *Peep boxes*. Cajas para espiar. Se trataba de unas cajas (inventadas por

cella del salón–; o como las postales con dibujos que mi hermano me manda de la India. En todas hay siempre pilares y cúpulas y cosas de esas y también hay animales. No me cabe en la cabeza cómo ha podido imaginarse todo eso, de verdad que no lo entiendo.

Los cumplidos te endulzan la vida. De hecho, se quedó un rato dándole vueltas al asunto mientras bajaba las escaleras que daban al salón, donde le aguardaba el té –servido en una bandejita– sobre una mesa enorme y marrón.

–No es tan mal chico –dijo Susan al resto mientras se tomaba el té en la sala del servicio–. Esa niñera le asustó con sus comentarios mordaces y esos aires de puritana, te lo digo yo. Si le tratas bien, el chaval se porta bien.

–Pero la señorita Lucy no le asustaría, ¿no? –dijo la cocinera–, y mira cómo se portó con ella.

–Bueno, de todas formas es muy callado. No se le oye ni respirar en todo el día –dijo la doncella superior–; para mí que le falta un hervor.

–Vosotras entrad y mirad la ciudad que está haciendo; sólo os digo eso –les respondió Susan–. Veréis cómo cambiáis de idea. Paecé' la India con pagodas y todo eso.

Y cuando Philip se fue a la cama, entraron al salón. Había construido más cosas, pero aún no lo había terminado.

–Yo no voy a tocar na' –dijo Susan–. Dejad que juegue

---

León Battista Alberti en el siglo xv) que contenían una o varias imágenes en su interior, las cuales se podían ver con ayuda de una lupa adherida a la caja. Era un juguete óptico, donde se jugaba con la perspectiva, colocando las imágenes de figuras y paisajes unas tras otras, para crear una mayor sensación de profundidad. Fueron una diversión muy popular en la era victoriana y eduardiana.



*-Señorito, ¡qué arte tie' usted! -dijo la doncella del salón...*

hasta mañana. Ya lo recogeremos todo antes de que llegue la niñera con su cofia, su uniforme de cuello blanco y su mirada por encima del hombro.

Así pues, al día siguiente Philip siguió construyendo. Puso de todo lo que te puedas imaginar: las fichas de dominó y su caja, más cubos y libros; bobinas de algodón que le prestó Susan y una caja de cuellos de camisa y un par de moldes de tarta aportados por la cocinera. Con las fichas de dominó hizo escalones y la caja le sirvió de terraza. Luego, con unas ramitas de artemisa traídas del jardín y las bobinas consiguió unas macetas preciosas, que parecían plantitas de *bayrum*\* medidas en maceteros alargados. Los lavafrutas de cobre hicieron de bóvedas y las tapas de las teteras y cafeteras de la cómoda de roble del salón se convirtieron en minaretes y eso le dio el toque de grandiosidad y esplendor. Bueno, las figuritas de ajedrez también contribuyeron a la causa, que todo hay que decirlo.

–Me parece que a esto le faltan algunos caminos y una fuente –dijo Philip muy pensativo. Así pues, utilizó los contadores de cartas\*\* de nácar para abrir las sendas y un cenicero de cristal y plata sirvió de fuente y en el centro colocó una cajita de agujas de filigrana plateada. No podía faltar el agua brotando y la logró haciendo tiritas muy finas con el

---

\* El *bayrum* o malagueta es la planta de la pimienta racemosa.

\*\* Los *Card Counters* eran el soporte utilizado para puntuar en los juegos de cartas. Solían ser oblongos y tenían dos ruedecitas dentadas a cada lado, las cuales servían para mover los números del centro, que indicaban la puntuación conseguida. Podían estar hechos de metal, madera o nácar y su decoración era muy fina, con grabados de motivos vegetales y/o las iniciales del dueño. Probablemente Philip lo utilice para señalar y allanar el camino.

papel plateado de la chocolatina que Helen le había regalado al marcharse. Y para las palmeras, que eran muy fáciles de hacer siguiendo las instrucciones de Helen, cogió tallos de saúco y con un poco de plastilina, les pegó unas hojitas de lárice. Allí, entre los juguetes de Lucy, había plastilina para aburrir. Lo cierto es que había para aburrir de todo lo imaginable.

Y la ciudad creció y creció, hasta abarcar toda la mesa. Philip, que parecía no agotarse nunca, decidió construir otra ciudad en otra mesa. Esta vez, la principal atracción sería una fuente circular de la que brotaría una enorme torre de agua. Y una vez tomó esta decisión, sintió que nada ni nadie podrían pararle. Para lograr tal empresa, descolgó las lágrimas que adornaban los candelabros de cristal. Esta ciudad era más grande que la primera. Tenía una enorme torre hecha de papelillos recogidos de la papelera y otra que hizo con una cámara de fotos, extendiendo el objetivo mirando hacia arriba.\*

Lo cierto es que ambas ciudades eran preciosas. Me encantaría poder describírtelas con más detalle. Pero esto me llevaría páginas y páginas. Bueno, junto a todo lo que ya he dicho, había atalayas y torrecitas y grandes escalinatas, pagodas, pabellones, canales donde brillaba el agua hecha con tiras de papel plata y un lago con un barquito. Para decorar el interior de los edificios, Philip se sirvió de los utensilios de la casa de muñecas que mejor le venían: cubiertos y platos de madera y otros objetos de plomo como tazas de té

---

\* Las cámaras de principios del siglo xx podían extender o contraer el objetivo mediante un sistema de pliegues, similar al de un acordeón.

y algunas copas. Las fichas de dominó y los peones sirvieron para poblar la ciudad. Las figuras de ajedrez, muy bonitas por cierto, quedaron estupendas sobre los minarettes. Y también construyó algunos fuertes, todos ellos vigilados por soldaditos de plomo.

Philip trabajó muy duro y logró un diseño tan magnífico, que sintió que la belleza e interés creciente de ambas ciudades no hacía otra cosa más que aumentar su amor por ellas. Ahora se sentía dichoso. No había nada que pudiera arruinar tal felicidad.

–Lo voy a dejar así hasta que Helen vuelva. ¡Le va a *encantar!* –dijo.

Las ciudades estaban unidas mediante un puente construido con una regla sustraída sin problema de la sala de costura del servicio, ahora que todos los miembros del servicio eran sus amigos. Al fin y al cabo, Susan fue la primera en demostrárselo.

Acababa de colocar el puente y al señor y la señora de Noé como habitantes en la plaza principal y estaba tumbado, admirando su trabajo, cuando notó que una mano le agarraba con firmeza por los hombros y una voz comenzaba a gritarle.

Era la niñera. Había vuelto de su viaje un día antes de lo esperado. Resulta que el hermano regresó con una esposa del brazo y la esposa y la niñera se cayeron fatal; así que estaba de un humor de perros y agarró a Philip por los hombros y le zarandeó, cosa que jamás le habían hecho antes.

–¡Maldito niño malcriado! –le dijo zarandeándole una vez más.

–Pero si no he roto nada. Lo pondré todo en su sitio – dijo todo pálido y temblando.

–Tú no vas a volver a tocar nada –dijo la niñera–. Yo me encargaré de esto. Yo misma lo colocaré mañana por la mañana. ¡Válgame Dios! ¡Coger lo que no es tuyo!

–Pero usted dijo que podía coger todo lo que quisiera –dijo Philip–, así que, si he hecho algo malo, es culpa suya.

–¡Encima mentiroso! –gritó la niñera, y le golpeó los nudillos con la regla. No, en la vida habían pegado a Philip. Se puso mucho más pálido que antes, pero no lloró, a pesar de que las manos le dolían a rabiar. Desde luego, esa regla era un palo muy duro y más con las esquinas desgastadas.

–Es una cobarde –dijo Philip–, y es usted la mentirosa y no yo.

–Sujeta esa lengua –dijo la niñera, y le mandó a la cama a toda prisa–. Pues ahora te quedas sin cena, ¡por contestón! –le dijo arropándole de mala gana.

–Y a mí qué. No quiero nada –dijo Philip–, y ya veremos si la perdono antes de que anochezca.

–Perdonarme, ¡lo que faltaba! –dijo mientras se marchaba haciendo aspavientos.

–Cuando se arrepienta, verá que la perdono –dijo enseguida, lo cual por supuesto hizo que se enfadara mucho más que antes.

Si Philip lloró o no cuando se quedó a solas, no es asunto nuestro. Susan, que había visto cómo le zarandeaba y le golpeaba los nudillos pero no se atrevió a intervenir, fue a verle más tarde a hurtadillas y le llevó leche y bizcochitos. Se lo encontró dormido y diría que con las pestañas humedecidas.

Nada más despertarse, notó la habitación totalmente iluminada y pensó que ya era de día. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que aquella luz no provenía de los rayos dorados del sol, sino que era el brillo de la luna el culpable de ese resplandor tan hermoso.

Al principio se preguntó por qué se sentía tan infeliz, entonces recordó que Helen se había marchado y lo odiosa que era aquella niñera. Y ahora ella destruiría su ciudad y Helen nunca la vería. Y él no iba a ser capaz de construir otra ciudad tan hermosa de nuevo. Por la mañana ya no quedaría ni rastro y ni siquiera podría recordar cómo lo hizo.

El resplandor de la luna seguía iluminando la habitación.

—¿Cómo será la ciudad bajo la luz de la luna? —dijo.

Y entonces, en menos que canta un gallo, se animó a bajar y comprobarlo él mismo.

Con el pijama puesto, abrió la puerta despacito y caminó de puntillas por el pasillo y bajó esas escaleras tan grandes, luego atravesó toda la galería y por fin entró en el salón. Estaba muy oscuro, pero se las apañó para abrir el pestillo de una ventana y allí estaba su ciudad, inundada bajo el resplandor de la luna, tal y como se la había imaginado.

Durante unos instantes se quedó extasiado contemplándola y luego se dirigió a la puerta del salón para cerrarla. Y en el camino sintió un ligero y extraño mareo y se quedó parado un momento, con la mano en la cabeza. Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia la ciudad y cuando ya estaba casi allí, soltó un gritito que reprimió enseguida por miedo a que alguien bajase y le mandase de nuevo a la cama. Se quedó quieto y mirando a su alrededor desconcer-

tado, y entonces se mareó de nuevo. Y fue en ese momento cuando tras un breve parpadeo, seguido de una absoluta oscuridad, la ciudad desapareció. Y lo mismo ocurrió con el salón. Y la silla que estaba junto a la mesa. Lo único que veía a lo lejos eran unas cosas muy altas, algo parecido a unas montañas y la luz de la luna resplandeciendo sobre ellas. Incluso él mismo parecía hallarse en una amplia llanura. Notaba la suavidad de la hierba rozándole los pies, pero no había ni árboles, ni casas ni cercas o vallas que circundaran la extensión de los pastos. Algunas zonas parecían más oscuras que otras. Y eso era todo. Aquella visión le recordaba esas praderas interminables que había visto en sus libros de aventuras.

–Imagino que estoy soñando –dijo Philip–, aunque no tengo ni idea de cómo he podido quedarme dormido justo cuando estaba agarrando el pomo de la puerta. Qué raro.

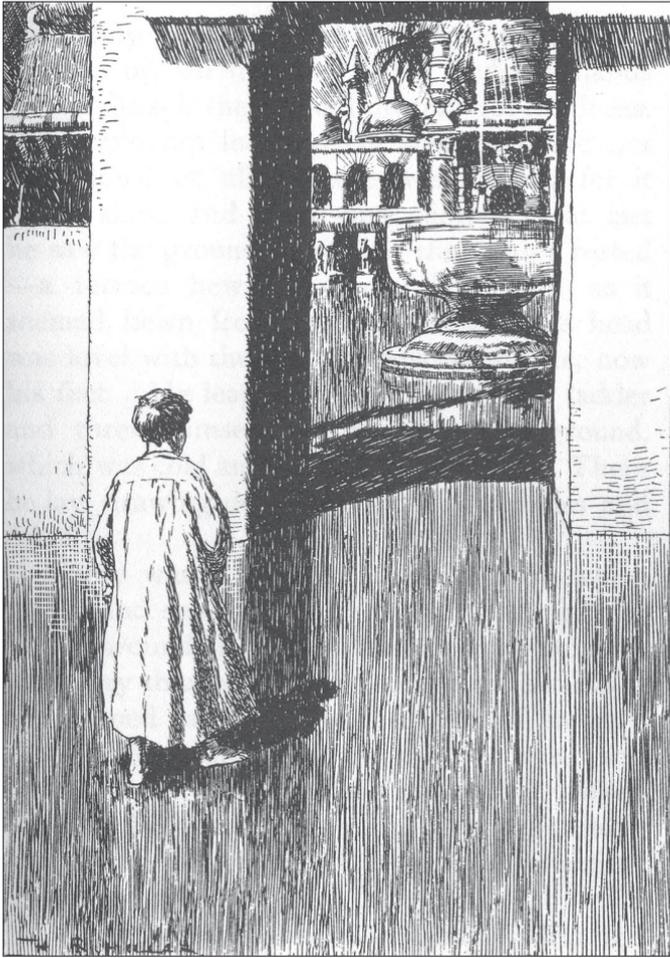
Se quedó quieto, esperando a que algo ocurriese. En los sueños siempre pasa algo; aunque ese algo sea que te despiertes. Pero no ocurrió nada. Philip siguió ahí parado y en completo silencio, disfrutando de la suavidad de la hierba acariciándole los tobillos.

A estas alturas, cuando sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad de la llanura, pudo distinguir a lo lejos un puente muy elevado que precedía a una montaña muy oscura cuya cima brillaba bajo la luz de la luna. Así pues, caminó hacia el puente y a medida que se acercaba se dio cuenta de que aquello no era un puente sino más bien una escalera, y tan alta que daba vértigo. Parecía estar apoyada sobre una roca cuya altura se perdía en la oscuridad del cie-

lo y en el interior de la roca se intuía una cueva muy oscura y profunda.

Y por fin llegó a los pies de la escalera. No tenía peldaños, pero sí unos salientes estrechos sobre los cuales podía apoyar manos y pies. Philip recordó la historia de Jack y las Habichuelas Mágicas y miró hacia arriba no sin cierto anhelo, pero esa escalera era muy, muy larga. Por otro lado, esa escalera parecía ser la única forma de ir a alguna parte y, además, ya había estado solo demasiado tiempo sobre los pastos de la pradera. Así que, ni corto ni perezoso, puso manos y pies sobre la escalera y comenzó a subir. Le esperaba un largo trecho. Nada más y nada menos que trescientos ocho escalones, contaditos uno por uno, dicho sea de paso. Y sólo había peldaños por un lado de la escalera, así que tenía que ir con muchísimo cuidado. Así subió sin descanso un escalón tras otro hasta que notó los pies y las manos tan agotados, que parecía que fueran a descolgarse de la escalera en cualquier momento. No podía mirar hacia arriba y tampoco se atrevía a mirar hacia abajo. Tan sólo podía escalar, escalar y escalar hasta que por fin logró ver la tierra sobre la cual estaba apoyada la escalera. Era una explanada dividida en franjas todas exactamente iguales y parecía que las hubiesen excavado en la propia roca. Philip asomó su cabeza por encima de la tierra, luego las manos y luego los pies. Dio un salto y se lanzó boca abajo sobre la tierra, por cierto, fría y suave como el mármol. Se quedó allí tumbado un rato, suspirando de alivio y agotamiento.

Sobre aquella tierra sólo se oía un silencio sepulcral, el cual le ayudó a descansar y a calmarse, y al poco, se incor-



*... tras él podía ver de manera muy tenue una pila de edificios...*

poró y miró a su alrededor. Se hallaba cerca de un arco apoyado sobre unos pilares muy finos y se fue hacia allí y se dispuso a explorar el interior con mucha cautela. Parecía una entrada monumental que daba paso a un lugar abierto y tras él podía ver de manera muy tenue una pila de edificios, probablemente iglesias y casas. Sin embargo, estaba todo desierto. Los únicos habitantes eran él y la luna y aquel lugar, fuera lo que fuese, estaba a su entera disposición.

«Imagino que está todo el mundo durmiendo», pensó Philip, y se quedó allí parado, bajo la sombra de ese extraño arco, temblando un poco, pero intrigado y muerto de curiosidad.